

Stuttgart o la necesidad de huir de los tópicos

Se cuenta en uno de los capítulos del último libro del inquietante escritor japonés Haruki Murakami, 1Q84, que, como decía a su vez Frazer en su novela La rama dorada, en cierto período histórico de la Antigüedad se había establecido en varios territorios del mundo que cuando un monarca terminaba su mandato debía ser asesinado. Los mandatos duraban entre diez y doce años y, una vez finalizados, la gente infligía al monarca una muerte cruel, que este aceptaba de buen grado. La manera de matarlo había de ser despiadada y sangrienta, y ser asesinado de tal modo era considerado como un gran honor, sólo digno de un rey.

Se asesinaba al monarca porque, por aquel entonces, el monarca era considerado por el pueblo como “el que escuchaba la voz” en nombre del pueblo, convirtiéndose así el monarca, por su propia voluntad, en el circuito que unía a “ellos con nosotros”. Pasado el período de tiempo antes indicado, el acto de matar de manera violenta al que “escucha la voz” se revelaba como algo indispensable para la comunidad, como algo necesario para preservar el equilibrio entre la conciencia de la gente y el poder. En la Antigüedad, gobierno era sinónimo de escuchar la voz de Dios, pero, claro y afortunadamente, este sistema fue abolido y el trono se convirtió en algo mundano y hereditario. Y así fue cómo las personas dejaron de escuchar la voz.

En algún otro punto de la novela de Murakami se asevera algo con lo que estoy completamente de acuerdo y que me parece fundamental recordar siempre: en este mundo no existe nada que no salga de los adentros de uno. Hoy día ya no es imprescindible la intermediación del monarca para escuchar la voz, pero sí lo es que cada uno de nosotros, cada uno de los ciudadanos —que no súbditos— escuche su propia voz, no la voz de los tópicos, de lo política o socialmente correcto, de lo que se dice aunque no se sepa porqué o para qué se dice. Para intentar evitar un mundo que no avance, que se acostumbre a repetir sin descanso ni fin los errores de siempre, es imprescindible que nos acostumbremos a oír nuestra propia voz, a huir de los tópicos, que son fáciles de seguir, son cómodos, no necesitan el esfuerzo de pensar, pero son nocivos para el que sólo se basa en ellos y son letales para el desarrollo de todos los pueblos.

Un hecho aparentemente pequeño me ha venido a actualizar esa idea de intentar evitar que nuestra conducta se adapte a lo tópico. El hecho fue una invitación que recibí para visitar la ciudad alemana de Stuttgart. Cuando comenté con familiares y amigos tal viaje, amigos y familiares en general muy inteligentes y viajados, todos, sin excepción, me comentaron lo mismo: pero, ¿qué vas a hacer allí, si es una ciudad sin gracia alguna, llena de gente con menos gracia todavía? Sólo mi natural instinto de ver las cosas antes y juzgar después, además del hecho de que ya había dicho que iría a Stuttgart y me parecía ineducado dar marcha atrás empleando una excusa, me animó a ir allá.

Y ocurrió, como tantas veces sucede, que entre lo que me habían dicho, lo que casi todo el mundo dice de Stuttgart, y la realidad no existe ni el más mínimo parecido. La ciudad tiene un tamaño y una población, algo menos de medio millón de habitantes, que es casi ideal. Lo industrial se sumerge en el verde paisaje, como los numerosos viñedos. El centro tiene un enorme atractivo y hasta los hoteles mantienen la historia e incluso, como el Arcotel Camino, en el que estuvimos, nos recuerda a España (puesto que su fundador fue un enamorado del Camino de Santiago), la ópera y su Palacio tiene todos los grandes premios imaginables, el Museo Mercedes es impresionante (como

creo que también lo es el de Porsche, aunque este no lo visitamos), una tienda como Merz and Benzing es ideal para una revista como nuestra Arte de Vivir y se encuentra dentro de un mercado cubierto de obligada visita para los que aprecian que algo cotidiano se pueda convertir en arte, los vinos –y no sólo los mundialmente conocidos blancos de Riesling- aúnan modernidad y orgulloso cuidado familiar, la gente es en general amable y atenta y, además, tuvimos una guía excepcional.

En resumen, y por ilustrar mi tesis: si pensamos por nosotros mismos y nos basamos en nuestra experiencia, no en lo que dicen, Stuttgart es un lugar enormemente atractivo y bien comunicado con España (vía Air Berlín) al que merece, y mucho, la pena ir. Lo mismo ocurre con la crisis económica, política y de valores en la que nos encontramos inmersos: si no escuchamos nuestra propia voz y actuamos de acuerdo con ella, en vez de dejarnos arrastrar por la propaganda tópica, no saldremos de la espantosa crisis. En este mundo no existe nada que no salga de los adentros de uno.